

La bandera

(Pieza dramática en un acto)

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

PERSONAJES

DOÑA ANA: la Madre.

CARLOTA, HELENA, ELVIRA: sus hijas.

GERTRUDIS, DOLORES: amigas.

CAPITAN, SOLDADOS 1º, 2º, 3º y 4º.

ENRIQUETA: criada.

TOMAS: criado.

La acción se sucede en una pequeña ciudad de provincia, a comienzos del siglo, en el curso de una contienda civil.

ACTO UNICO

La escena representa una estancia amplia y cuidadosamente amoblada. Es algo así como una sala de estar de las mujeres, una especie de gineceo, con espejos y cuadros en las paredes; consolas con la parte superior de mármol (debajo de los espejos); una cómoda, un escritorio y, encima de este, el retrato del general; hay también un gran arcón de madera, un pequeño estante con libros y varias butacas y mecedoras con el fondo y el espaldar de paja; en la mitad, una mesa baja y redonda, encima de la cual hay un costurero, hilos, tijeras, etc., a más de un florero con rosas rojas y blancas. En el centro del foro, puerta que conduce a la escalera, a la izquierda otra puerta que da a las habitaciones interiores de la casa, y a la derecha, un gran balcón, abierto sobre la plaza, por el cual se alcanzan a entrever las torres de una iglesia. En las dos puertas, cortinas blancas de tela de encaje; en el balcón, persianas abiertas. Al levantarse el telón, Carlota, Helena y Elvira, vestidas de riguroso luto, se encuentran dedicadas a bordar en oro una leyenda sobre una gran bandera de seda roja, que se extiende desde sus regazos hasta el suelo cubierto por una alfombra.

Carlota—Debemos apresurarnos a terminar esta leyenda antes de que llegue el general. Debemos celebrar dignamente su victoria.

Elvira—No te preocupes. Creo que tendremos tiempo de sobra. El general tendrá todavía que hacer frente a otras tropas enemigas.

Helena—Sí, parece que ya se encuentran a poca distancia de aquí. El combate parece ser inminente.

Carlota—No importa. El general vencerá de todos modos. No hay fuerza humana que pueda detenerlo. Ya estoy viéndolo entrar en su caballo blanco, a la cabeza del ejército victorioso: pálido, arrogante, con esa mirada de águila que se advierte hasta en sus retratos. Miradlo bien cómo es. (Señala el retrato. Todas se quedan mirándolo, dejando de bordar).

Helena—Sí, tiene el aire preciso del vencedor. Papá dice que es un hombre fascinante.

Elvira (Con pesadumbre)—¡Pobre papá! ¡Qué será de él a estas horas, metido entre esas mazmorras! (Insinúa unos sollozos).

Carlota—Nada de llorar. Nuestro padre está pagando su cuota de sacrificio en aras de la libertad de esta tierra digna de mejor suerte. No le perdonan su ayuda a la revolución ni su resuelta actitud ante la tiranía. Pero el general echará del poder a todos esos canallas. Tengo absoluta fe en él. Entonces podremos de nuevo estar tranquilos y tener con nosotras a papá y a nuestros hermanos.

Helena—Y, a propósito de ellos, ¿en qué lugar preciso se encuentran? Hace tanto tiempo que no tenemos noticias suyas.

Carlota—Deben encontrarse ya en el ejército del general, después de atravesar la sierra. Con la guerrilla de Apolinar trataban el mes pasado de abrirse camino hacia allá. Estoy segura de que seguirán poniendo muy en alto nuestro nombre.

Elvira—Sí, pero a costa de tantos sufrimientos, de tantas penalidades... tal vez inútiles.

Carlota (con energía)—¡No digas eso! Es una herejía. Esta es solo hora de fe y de esperanza, no de lamentaciones. ¿Olvidas acaso la sangre derramada de Manuel, de nuestro valiente hermano, muerto en el cumplimiento de su deber? ¿Crees que también habrá de ser en vano? (Pausa)—Cada vez que releo la carta en que el general le comunica a mamá la triste noticia y le informa de la manera heroica como encontró la muerte, me siento orgullosa. Y quisiera que resucitara mil veces para que otras mil veces pudiera morir así, de cara al enemigo y sin titubear.

Elvira—No te expreses así, ¡por Dios! Cualquiera diría que no tienes corazón.

Carlota—Nadie lo ha querido más que yo. No olvido su rostro de muchacho apenas salido de la adolescencia, ni sus ojos prematuramente tristes, como si ya en ellos estuviera el presentimiento de su cercana muerte. (Con inevitable dejo de pesar)—¡Oh, Dios mío!

Helena—Hablemos de otra cosa, ¿quieren? ¿A qué reabrir heridas apenas a medio cerrar? Y, sobre todo, debemos tener cuidado de que la pobre mamá no nos oiga hablar de eso. A duras penas ha podido conformarse con la triste realidad...

Elvira—Si, realmente. Continuemos nuestra labor. (Pausa) ¿Y qué les habrá sucedido a Gertrudis y Dolores, que no llegan?

Carlota (repuesta)—No demorarán ya. Recuerden que su padre las vigila y que no resulta tarea fácil para dos niñas eso de estar saltando paredes.

Helena—Menos mal que han podido contar con esas pequeñas escaleras. Tomás las está esperando de este lado del muro.

Elvira—Daría algo por verlas saltar. Sobre todo a Dolores, siempre tan peripuesta y creída.

Carlota—¿Por qué dices eso? Dolores es una magnífica amiga y una gran muchacha. Solo a tí te parece antipática. Debemos estar agradecidas con ella y su hermana, que han querido ayudarnos sin estar obligadas y exponiéndose a las iras paternas. Recuerda que su padre no quiere nada con la revolución. Es un indiferente en materia política.

Helena—Yo diría más bien que es un oportunista. No ha querido que le maten el ganado e incendien las haciendas, como a nosotros.

Carlota—Lo que su padre sea no me interesa. Solo se que ellas son unas fervorosas de la causa revolucionaria y nada más. Por otra parte, no olvides que su hermano está con el general y que este ha hecho grandes elogios de su conducta militar.

(Un silencio).

Elvira—Y hablando de ganado y de incendios, ¿qué más se ha sabido de “La Florida”?

Helena—Que Antonio y los pocos vaqueros que quedaban han tenido que huír después de agotar todos los medios para tratar de apagar el incendio. Las tropas contrarrevolucionarias volvieron y mataron el poco ganado que no pudieron llevarse. Estamos, pues, casi arruinados.

Carlota—Arruinados o no, lo importante es que en nuestra casa todos han cumplido con su deber. Es preferible ser pobres y libres, que ricos y esclavos.

Elvira—Ah, Carlota, ¡cómo eres de romántica!

Carlota—¿Romántica? Hoy, con intención un tanto despectiva, consideran romanticismo el tener ideales, el creer en los fundamentales principios del espíritu. Románticos son, por ejemplo, el general y los grandes hombres de la revolución que lo han dejado todo; comodidades, familia, bienes, por defender a la libertad. Bendito romanticismo este que nos permite seguir siendo personas dignas y no entes sometidos.

Helena—Veo, hermana, que no en balde has estado en Curazao. Casi podríamos decir que eres toda una literata. Como te la pasas leyendo siempre... Creo que la primera labor de costura que haces en tu vida es esta bandera.

Carlota—Sí, y ya ves qué pronto he aprendido a bordar. Y no me hables de Curazao, por favor. Los años que pasé en aquel colegio fueron los más felices de mi vida.

(Dolores y Gertrudis entran por el foro).

Gertrudis—¡Ay, hijas, casi no llegamos! Faltó poco para que dejara media pollera en esa bendita pared. La escalera se resbaló cuando ya casi bajaba, y si no es por Tomás doy con mi humanidad en el suelo. Pero siempre se me alcanzó a rasgar la falda. (Muestra un desgarrón en la tela).

Carlota—¡Cómo nos apena eso, querida Gertrudis! Y pensar que todo ha sido por nuestra causa.

Dolores—Sí, muy bien dicho, por nuestra causa. (Recalcando estas dos últimas palabras)—Pero no en el sentido que tú lo dijiste. Ha sido por la causa que esta bandera simboliza.

Helena (advirtiendo el oportuno juego de palabras)—Se te abona, querida Dolores. Es lo que se llama una salida ingeniosa. (Pausa). —Y, ¿cómo están por la casa de ustedes?

Gertrudis—Mamá no muy bien. Vive en un continuo sobresalto por la suerte de Hernando. Hace dos semanas que no sabemos de él. Papá, en cambio, está perfectamente. No le preocupa nada.

Elvira—Hace bien, hija. Eso de preocuparse no sirve de nada. Sobre todo en esta época revuelta en que todo puede suceder.

Carlota—Nuestra única preocupación ahora debe ser terminar esta bandera. Vamos, siéntense y tomen sus agujas. Tú, Dolores, dedícate a completar los bordes, junto con Gertrudis.

(Un largo silencio mientras todas se empeñan en la labor).

Dolores—¡Qué bella está quedando! Será un hermoso regalo para el general.

Helena—Sí, creo que cuando la tenga en su poder no se va a olvidar muy fácilmente de nuestra ciudad.

Gertrudis—A ver, déjenme echarle una ojeada. Despleguémosla. (Poniéndose de pie). Tómala tú por allá, Carlota. (Todas se ponen de pie y despliegan la bandera, sobre la cual se destaca una leyenda inconclusa que dice: *Viva el vencedor de...*)—Sí, realmente está quedando muy bien. Creo que mañana podrá estar lista.

Carlota—Si seguimos con el ritmo actual es muy posible. (Pausa). —¡Qué no daría el enemigo por tenerla en su poder!

Dolores—Ni lo digas, hija. En qué lío el que nos veríamos. Sobre todo ustedes, que la guardan aquí.

Elvira—Me aterroriza pensar que llegaran a saber de la existencia de esta bandera. Debemos procurar que todo quede entre nosotras.

Carlota—No se preocupen. En caso de necesidad, ya tengo dispuesto un excelente escondite.

Gertrudis—¿Cómo? Y, ¿dónde piensas meterla?

Carlota (enigmática)—¡Ya verán, ya verán!

Helena—Pueden estar tranquilas. Carlota es una mujer de recursos impensados. ¿Saben lo que hizo una vez en el Colegio de Curazao, para evitar que una monja le quitara un colorete?

Dolores—A ver, cuéntanos eso.

Helena—No. Díganle a ella que se los cuente. Es una cosa graciosísima.

Gertrudis—Bueno, Carlota, cuéntanoslo. No te hagas de rogar. Mira que... (Se interrumpe al oír unos disparos lejanos)—¿Oyen ustedes? (Los disparos continúan, esporádicamente).

Carlota (poniéndose de pie)—Sí, parecen disparos. (Se oye un lejano toque de clarín. Todas se levantan).

Elvira (nerviosa)—¿Qué será, Dios mío! Algo grave debe estar sucediendo.

Gertrudis—¿Será la gente del general? ¿Qué tal que llegara sin que nosotras hayamos terminado la bandera!

Carlota—No, imposible, no pueden ser los nuestros. Ayer estaban a más de sesenta kilómetros de aquí. Y aún les faltaba superar mucha resistencia enemiga.

Dolores—Pero en la guerra todo puede ser posible. ¿Cómo podremos averiguar de qué se trata?

(Entra doña Ana por la izquierda).

Ana (muy nerviosa)—¿Qué sucede, hijas, qué sucede? (Viendo a las amigas de sus hijas). Buenas tardes, niñas. ¿Cómo están por su casa? (Sin darles tiempo de contestar)—Pero, ¿qué pasa?, díganmelo pronto. ¿Qué esperan?

Carlota—Todavía no sabemos nada, mamá. Cálmate. (Se oye ruido de caballos al galope y algunos gritos y disparos más cercanos).

Helena—¿Esperen un momento! Iré yo a ver qué pasa. Cierren el balcón.

Ana—No, no, quédate aquí. No salgas.

Carlota—Soy de la misma opinión de mamá. Quedémonos aquí mientras se aclara la cosa. Alguien vendrá a informarnos.

(Entra Enriqueta por el foro).

Enriqueta—Estaba en la ventana del piso bajo... los muchachos de la guerrilla... Pasando a todo galope... nos han gritado que... que el enemigo se acercaba... (reponiéndose). —¡Oh, qué horror! Otra vez esa gente aquí.

Carlota—No te preocupes. Tranquilízate muchacha. Continúa en tus labores.

(Sale Enriqueta por el foro).

Elvira—Bueno, creo que debemos dar por terminada nuestra labor. Podría ser peligroso.

Helena—Sí, sería prudente. No sabemos qué pueda suceder cuando llegue esa gente.

Carlota—De la bandera me encargo yo. Pero la terminaré aunque le tenga que pedir prestados sus ojos a la lechuza para ver en la oscuridad.

(Por el balcón se oye ya cercano el resonar de tambores y trompetas).

Gertrudis—Ya se acercan. Creo que nosotras' debemos irnos. A estas horas, papá ya estará preguntando por nosotras.

Carlota—Me parece prudente. De todos modos, muchas gracias por su cooperación.

Gertrudis—De nada, hija, de nada. Hasta luego, pues. Buenas tardes, doña Ana.

Ana—Buenas tardes y saludos a su mamá.

Dolores—Gracias. Y tú, Carlota, 'no te olvides de avisarnos lo que resuelvan con la bandera.

Carlota—Con mucho gusto.

(Salen Gertrudis y Dolores por el foro, mientras el ruido de tropas en marcha se hace mayor. Se oyen clarines y tambores).

Ana (yendo hasta el balcón)—Sí, aquí llegan. Son cientos y cientos. Creo que esta va a ser una mala noticia para el general.

(Durante el diálogo que sigue, Helena y Elvira continúan bordando en silencio la bandera).

Carlota—No importa. De todas maneras vencerá. Estoy segura de ello. Y nadie me privará del placer de poner en sus manos esta bandera cuando entre aquí victorioso. ¡Oh, será el día más dichoso de mi vida!

Ana—Está bien, está bien, hija. Sigue con tu convencimiento. Para mí tengo que esta es una guerra torpe e insensata. Y que al fin de cuentas nada podrá la revolución contra las superiores fuerzas del enemigo. Ya sería tiempo de que cesara esta matanza inútil... (Casi llorosa)—Esta carnicería que me ha costado ya un hijo... ¡Oh, pobre Manuel! ¡Tan bueno y juicioso como era!

Carlota—Mamá, cálmate. No es tiempo de lágrimas y lamentos. ¿Qué vas a sacar con verlo todo del color de tu luto? (Pausa). —Pero la culpa también es en parte mía. ¿A qué estas negras vestiduras? Desde hoy no me vestiré más de luto.

Ana—¿Quieres decir que no te importa nada la muerte de tu hermano?

Carlota—Me importa más de lo que piensas. Ya se lo he dicho a Elvira hace poco, todo lo que me importa. Pero creo que le hago un chico favor a su memoria, a su ya apagado fervor revolucionario, llevando estas tristes vestiduras que incitan al pesar y a la decepción. (Con firme voz). —Me vestiré de rojo, de rojo escarlata como el de esta bandera, del color de la sangre, de su sangre derramada. Y lo haré ahora mismo.

(Arranca la bandera a sus hermanas y sale apresuradamente por la izquierda).

Ana—¿Han oído ustedes? Parece como loca. ¿Qué cosa le habrá podido suceder?

Helena (persuasiva)—Tienes que comprender a Carlota, mamá. Vive como en un estado de calentura moral, de inerme rebeldía contra lo que en este país ha pasado últimamente. Diríase que no se perdona el no haber podido empuñar un fusil como nuestros hermanos. Eso es todo.

Ana (enojada)—Bueno, está bien que sienta y piense así. Pero su actitud es exagerada. Debe recordar que es una hija de familia y no un mozalbete insolente.

Elvira—Perdónala, mamá. La sola vista, el solo escuchar algo que tenga que ver con el enemigo la pone fuera de sí. No transige con ellos.

Ana—Tampoco yo transijo con esa gente, con los asesinos de mi hijo. Pero no hay que exagerar.

(El ruido de la marcha de la banda de guerra se ha alejado ya. Entra Tomás por el foro).

Tomás—Doña Ana, abajo hay un oficial y algunos soldados que preguntan por el dueño de la casa. Les he dicho que solo está usted, porque el señor está preso en Cartagena.

Ana—Bien dicho. Pero... ¿qué querrá esa gente? (Pausa). —Bueno, diles que suban.

(Sale Tomás por el foro).

Helena (temerosa)—¿De qué se tratará, mamá? ¿Querrán la casa para cuartel como la otra vez?

Elvira (llena de pavor)—Sí, puede ser. ¡Oh, Dios mío! Y pensar que estamos aquí solas, sin un hombre. (Viendo los hilos y las agujas sobre la mesa). —¡Los hilos! ¡Los hilos! Hay que esconderlos. ¡Pronto antes de que vengan!

Helena (saltando casi, guarda todo en el arcón)—Ya está. Cálmate, Elvira.

Ana (con decidida presencia de ánimo, que guardará durante todo lo que sigue)—Bueno, ahora aguardemos tranquilamente que venga la inesperada visita. Ustedes se quedan allí sentadas, sin pronunciar una palabra. Yo me encargo de atenderlos.

Elvira (un poco tranquilizada, viendo el retrato del general)—¡Ay! ¡El retrato! ¡El retrato! (Se pone de pie, quita el retrato y lo guarda en el escritorio).

(Un silencio).

Helena—¿Y Carlota? Voy corriendo a llamarla. (Se acerca a la puerta de la izquierda y la llama). —Carlota, Carlota, ven en seguida. Llegan unos soldados. (Regresa a su puesto).

Carlota (Desde el interior)—Ya voy, ya voy.

(Al foro se oye rumor de voces y pasos que se acercan).

Ana—Aquí vienen. Quiero que guarden completa calma, pase lo que pase. ¿Entendido?

(Sus hijas ni siquiera responden, pues en ese momento aparecen por el foro el capitán y cuatro soldados).

Capitán—¿La señora de la casa?

Ana—A sus órdenes. ¿En qué puedo servirle?

Capitán—Señora, he recibido órdenes de practicar una requisita en esta casa. Concretamente, se trata de una bandera facciosa que tienen ustedes aquí. Exijo que me sea entregada en el acto.

Ana (con energía)—Señor capitán, guarde usted ese tono para con sus soldados, que está ante señoras.

Capitán (ásperamente)—No tengo tiempo para cumplidos sino para cumplir órdenes. Quiero esa bandera en seguida.

Ana—Aquí no hay más banderas que las que llevamos en nuestros corazones. Y esas no pueden ser objeto de requisas.

Capitán—Me veré entonces obligado a practicar una rigurosa búsqueda en toda la casa, con las naturales consecuencias. (Ya en tono más conciliador). —Por última vez, señora, evítese usted estas molestias y entréguese la bandera.

Ana—Le repito que aquí no tenemos bandera alguna.

Capitán—La buscaremos entonces.

Ana—Búsquela usted, ya que está tan seguro de encontrarla. Solo quisiera pedirle que le ordenara a sus soldados hacerlo con cuidado, pues hay en la casa muchas cosas delicadas y de valor.

Capitán (en el tono inicial)—Lo haremos a nuestro modo. No necesitamos indicaciones a ese respecto.

Ana—Proceda, pues, usted (irónicamente). —Veo que trato con todo un caballero...

Capitán—(A sus soldados) —Vamos, ustedes dos por aquella puerta (indica la de la izquierda). —Y ustedes me ayudarán a buscar aquí. Y que no se quede nada por registrar. Tenemos que volver con esa bandera o el coronel nos come vivos. Me ha dicho que tiene informes fidedignos de que se encuentra aquí ¡Adelante, pues!

(Antes de que los soldados hayan podido moverse aparece Carlota por la izquierda con un elegante traje rojo a la moda de la época).

Carlota (con desenfado)—He aquí la bandera. ¿Era esta la que buscaban? (Tanto el oficial como los soldados han quedado visiblemente sorprendidos por la arrogante y casi desafiante aparición de Carlota).

Ana—Carlota, te prohibo que pronuncies una sola palabra más. Siéntate con tus hermanas. Yo me entenderé con el capitán.

Capitán (turbado)—Señorita, le ruego que se deje de burlas, que esta cosa es muy seria. Busco esa bandera y no me iré de aquí sin ella.

Carlota (burlona)—Búsquela usted, pues, ¿Qué espera? ¿Que le dé yo la orden?

Ana (preocupada)—Carlota, por Dios ¡cállate!

Carlota (con desparpajo)—No te preocupes, mamá. (Al capitán)— ¡Vamos, búsquela... Pronto!

Capitán—Adelante, muchachos. Busquen bien. El que la encuentre tendrá tres días de franquicia.

(Salen los dos primeros soldados por la izquierda, mientras el oficial y los dos restantes van de una a otra parte, registrándolo y desordenándolo todo, al principio con cierto cuidado y luego con desenfrenada brusquedad).

Carlota—(Burlona, mientras los militares realizan la búsqueda). —Caliente... frío... caliente... fríísimo capitán... caliente, caliente... no, frío, frío... Definitivamente no es usted un gran buscador, capitán.

Capitán (perdiendo la paciencia)—¿Quiere usted callarse, señorita? (A doña Ana) —Señora, por favor, le ruego aquietar a esta fierecilla.

Ana—Carlota, ¿te estás quieta? —Siéntate, por favor.

Carlota—No. Déjame, mamá. Si este juego resulta muy entretenido. ¿No es verdad, capitán? (Pausa). —No, por Dios, por ahí no. Frío, frío. (El capitán se acerca a ella con el vano propósito de probar amedrentarla). —Caliente, caliente... Oh, calientísimo, capitán. (Este llega junto a ella, la mira como atontado y, alejándose luego, continúa la búsqueda con mayor brusquedad, golpeando aquí y allá y tirando al suelo las cosas). —Frío, frío, requetefrío...

Ana—¿Quiere usted ordenar a su gente que no lo desordene todo?

Carlota (incisiva)—Pero, querida mamá, ¿cómo puedes tú pedirle semejantes delicadezas a estos vándalos?

Capitán—Señorita. Por última vez le ruego callarse. Mire que ya se me está colmando la medida...

Carlota—(primero con serenidad, luego duramente)—A usted comienza a colmársele en este instante. En cambio nosotros la tenemos repleta desde hace tiempos. Repleta de todos los abusos de ustedes, de todos los crímenes y atropellos que a diario cometen.

Ana—Por Dios, hija, cállate. Te lo ruego. No te expongas a ser irrespetada.

Capitán (mientras continúa la búsqueda, cada vez más desesperada e inútil). —Sí, señorita. Hágale caso a su mamá. Mire que nosotros no estamos para bromas. Y menos en este momento, después de haber andado toda una semana sin parar.

Carlota—Inútil cosa. Porque poco va a ser el tiempo que permanecerán aquí. El general está ya cerca y bien pronto los echará a todos. Se lo aseguro.

Capitán—No lo creo. Tenemos fuerzas diez veces superiores a las suyas. Además, por si no lo sabe, ayer sus avanzadas han sufrido un fuerte descalabro.

Carlota—Mentira. Ustedes pueden ser superiores, pueden tener la fuerza, los cañones, el erario público, todo lo que quieran. Pero hay una cosa que no tienen. Una sola cosa que las resume todas: la justicia. Porque nosotros no queríamos esta guerra. Queríamos vivir en paz, pero libres, gozando de todos nuestros derechos. Y ustedes no nos la han permitido con sus atropellos a la constitución y a las leyes. (Pausa). —Sin embargo, ustedes pueden seguir cortando cabezas, torturando, sepultando

en las prisiones a nuestros hombres. Pueden, incluso, continuar dominando este país por lustros. Pero al final la victoria será nuestra, el porvenir será nuestro, de nuestra causa, porque la razón y el derecho están de nuestra parte. (Exaltada) —Y nadie, oígalo usted bien, nadie podrá impedir que llegue ese día venturoso. Yo lo pronostico.

Capitán (burlón)—Si usted es o no una adivina, es cosa que no me interesa. Pero a mí no me preocupa ese día tan lejano que usted anuncia. Yo vivo en el presente, aquí, ahora, cumpliendo mi deber, que en este momento es tratar de encontrar esa bandera.

Carlota—Pues es inútil que usted la busque, porque no la encontrará jamás.

Capitán—Ah, ¿de manera que usted acepta que existe esa bandera? Eso ya es algo. Seguiremos buscando. Tiene que estar aquí. Apenas llegamos el coronel me ordenó que viniera a buscarla. Estaba seguro de hallarla aquí.

Carlota—Pues entonces, continuemos el juego. Frío, frío, frío...

Capitán (irritado)—Sería mejor que se dejara de bromas y que me diga en seguida dónde está la bandera. De otro modo echaré la casa abajo hasta encontrarla.

Carlota (con rabiosa frialdad)—¿Sabe una cosa, capitán? No es usted el primero que dice eso en estos últimos años. No es usted el primero que ha estado aquí, abusando de la fuerza y diciendo esas mismas frases. Ni es la primera vez que esta casa es requisada, convertida en cuartel y saqueada por gentes como usted. (Pausa). —Le voy a mostrar una cosa. (Va al estante y toma un volumen medio quemado). —Mire. Esta es una edición de *El Quijote*. Una antigua y preciosa edición. Pertenece a la biblioteca de mi padre. Yo misma la extraje de una de las apagadas fogatas que las tropas de ustedes prendieron aquí, en el patio de esta casa, hace menos de un año. Como no tenían leña, los libros les sirvieron para el mismo fin. Y si usted al salir, pasa por el comedor, verá allí las vacías vitrinas, con la nostalgia de los cristales y de la plata que esa gente se llevó a catabradas, comenzando por los jefes, y...

Capitán (interrumpiéndola)—Señorita, usted nos insulta y agravia. Nosotros no hemos venido a robar sino a cumplir una orden.

Carlota (implacable)—Si la verdad es insulto, si la realidad es agravio, entonces entiéndalo usted así. Porque lo que le estoy contando es el *Evangelio*.

Ana (que ha permanecido nerviosamente demudada)—Carlota, pónle fin a este diálogo que no tiene razón de ser.

Capitán (descubriendo el retrato del general en el escritorio). —¡Ah, con que tienen aquí el retrato de ese bandido!

Carlota (iracunda)—Le prohibo que se exprese usted así de ese gran hombre. En materia de bandidaje ustedes podrían escribir varios tratados. (Se acerca al capitán). —Déme usted acá ese retrato. (Le arrebató el retrato de las manos y lo pone en la pared).

Capitán (intimidado por el gesto de la muchacha). —Está bien señorita, quédese con su retrato. Esto no es lo que he venido a buscar. (Pausa. Se acerca a la puerta de la izquierda y llama a los dos soldados que están en la habitación vecina). —Vénganse ya. (Pausa). —Creo que no tenemos más nada que hacer aquí, señora. Yo no puedo lidiar con mujeres. Le diré al coronel que ustedes se niegan a entregar la bandera.

(Aparecen los dos soldados por la izquierda).

Carlota (yendo lentamente hacia el balcón). Dígale a su coronel que venga él mismo a buscarla. Tal vez cuente con mejor suerte.

Capitán—Se lo diré, señorita. Buenas tardes, señora.

Ana—Buenas tardes.

(Salen el capitán y los soldados por el foro, dejándolo todo en desorden).

Helena (rompiendo su obligado silencio)—¡Por fin, Dios mío! Creí que no iba a terminar este suplicio.

Elvira—Yo estaba muerta de miedo...

Ana—En cambio vuestra hermana ha sido todo arrojo; mejor dicho: temeridad. (A Carlota). —Has sido imprudente hasta decir no más.

Carlota—Temeridad e imprudencia, ¿por qué? Le he dicho la verdad y me he divertido un poco a su costa. ¡Cuánto hubiera dado porque hubiera sido el coronel en persona! Hubiera sido mi pequeña gran venganza. (Se oyen las campanas de la iglesia que tocan al *Angelus*. Nostálgica). —¡Ah! las campanas... (Se asoma al balcón). —Las campanas... Mis compañeras de soledad... ¡Cuántas veces han tocado a fuego en estos últimos dos años!... ¡Media ciudad incendiada!... ¡Tantos amigos muertos!... (Recobrándose). —Pero, no importa. Esas campanas tendrán que tocar a somatén para que todo el pueblo se levante contra la tiranía. Tendrán que ser echadas a vuelo el día que el general entre victorioso y yo le arroje flores desde este balcón. Tendrá que ser, Dios mediante.

Ana (volviéndola a la realidad. —Bueno, Carlota, y después de todo, ¿dónde diablos metiste la bandera? Temblaba de miedo de solo pensar que pudieran encontrarla en tu alcoba.

Carlota—En mi alcoba habrán encontrado otras cosas. Otras cosas que ya no veré más. Pero... la bandera no. (Pausa). —Y, ¿quieren saber por qué?

(Un silencio, todas se quedan expectantes).

—¿No lo adivinan? ¿Tendré que decírselo? (Pausa). —Bueno, he aquí la respuesta. (Se levanta la falda y muestra la bandera, envuelta en torno a su cuerpo...). ¿Han visto? (Gritando). ¡La bandera era yo!